

EL IDEAL DEL TRIUNFO

(Discurso de clausura de estudios)

¡Parece que hubiera sido ayer no más! Tan vivo así tengo en el corazón el recuerdo de lo que era para mi estudiantil persona la ceremonia de este día. Hace años ya que presenté aquí mis últimos exámenes, y en todo ese tiempo he llegado hasta verme separado del Colegio y de la Patria, y sin embargo conmuevese el alma ahora mismo con idéntica emoción a la que os embarga a vosotros, queridos discípulos. Casi sin caer en la cuenta de que ya no soy de los vuestros, experimento esa honda ansiedad, turbadora y dulcísima a la vez, afanosamente disimulada aun a los ojos de los compañeros; esa esperanza escondida y a veces sofocada de oír llamar mi nombre entre los premiados; esa inquietud y secreto pesar al surgirme en la memoria la imagen de aquel día en que no supe responder en clase, fatal infortunio que acaso me arrebate la mención de distinguido, tan arduamente trabajada. Y aunque me digo y me repito a mí mismo: «repósa; no ves que no eres ya el de hace diez años,» quédame, con todo, el espíritu en el mismo estado. Pero no me pesa, amigos míos, porque es ello la prueba de que yo, vuestro catedrático, vuestro guía, estoy con la mente de nuestra Casa intelectual, hallándome de tal manera identificado con vosotros y vuestras situaciones.

¿No vale acaso todo ese desasosiego, por demás embriagador, lo que va a verificarse en esta solemne clausura de estudios? Dentro de pocos minutos se levantará el palio del gran crisol que es el año escolar, y aparecerá la nata, la crema escogidísima de lo que en él se ha producido. Conoceremos todos los presentes a aquellos de los rosaristas que, ya por lo caballeroso y cristiano de su conducta, ya por su amor a la ciencia

y devoción al trabajo, se ganaron el especial aprecio y la confianza de sus superiores. De acuerdo con el criterio tradicional del Rosario, no todos los buenos, ni aun siquiera todos los excelentes, se contarán en ese número, el que sólo compondrán los mejores de entre los mejores. Como os lo digo: la nata, la crema escogidísima.

Hoy empieza a hacerse aquí el análisis de la labor de todo un año. La materia de ese trabajo sois vosotros, bien lo sabéis y lo *sentís*; su fin, también lo sabéis, es prepararos para la vida; es vestiros la coraza que más tarde os defienda de la adversidad y de la prosperidad también, aunque parezca paradoja; es fortificaros con las armas que os hayan de servir para emprender la lucha victoriosa; daros el instrumento con que forjéis vuestro porvenir; enseñaros a manejar ese instrumento con provecho. Es, en suma, ilustraros con conocimientos y fortaleceros con destrezas que os permitan, más aún: que os conduzcan al triunfo en vuestra carrera por el mundo. Y llega a tanto en su amorosa solicitud vuestra Alma Mater, vuestra madre fecunda, que, alborozada ante la brillantez con que en algunos de vosotros obran sus influencias, siéntese agradecida, como si el beneficio lo hiciérais vosotros a ella, y os lo premia generosa con el mejor de los premios: la estimación de vuestra propia hombría. «Bravo, hijos míos—parece que os dijera—gracias! Así es como espero que luchéis y venzáis; así lucharéis y venceréis. Creo en vosotros. No necesito comprobarlo!»

Triunfar en la vida! Eso es lo que busca la humanidad desde que nació. Hé ahí el motor omnipotente e inacabable del género humano, desde los primeros albores de su historia. Al hombre de las cavernas, el primero en enfrentarse a la bravía naturaleza sin más arma ni instrumento que sus manos y su inteligencia, como

al industrial contemporáneo, en cuyos talleres la recia medula del árbol transfórmase en terso papel o el fresco lino de los campos en blanquísima sábana para el lecho de la desposada, y a cuantos entre ellos nacieron, vivieron y murieron, a todos los agitó esa ansia de victoria. A ella débese la marcha de la humanidad a través de los siglos; ella es la generadora de la civilización, la impulsadora del progreso. Su mensaje a los hombres de todas las épocas y todas las tierras está en aquellas sublimes palabras con que bendijo Héctor a su hijo, en el momento de partir al combate:

Zeū, ἄλλοι τε Θεοὶ, δότε δὲ καὶ τόνδε γενέσθαι
 Παῖδ' ἐμὸν, ὡς καὶ ἐγὼ περ, ἀριπρεπέα Τρώεσσιν,
 Ὡδε βίην τ' ἀγαθὸν, καὶ Ἴλιου ἱφι ἀνάσσειν.
 Καὶ ποτέ τις εἴπησι, «Πατρός δ' ὄγε πολλὸν ἀμείνων»
 Ἐκ πολέμου ἀνιόντα φέροι δ' ἔναρα βροχόντα
 Κτείνας δήιον ἄνδρα, χαρεῖη δὲ φρένα μήτηρ.

«Júpiter y demás dioses: dadme el que este hijo mío llegue a ser como yo, illustre entre los troyanos y grande por su fuerza, y que reine sobre Ilión. Que al verlo regresar victorioso del combate exclamen: “mejor es éste que su padre,” y su madre se exalte en su corazón.»

No todos los hombres empero han entendido de igual modo en qué consista ese anhelado triunfo. De lugar a lugar y de época a época varía su concepto inmensamente. ¿Será que una vez conquistada cierta cima, no siendo de éste mundo la felicidad plena, sobreviene el desencanto, y entonces la esperanza, que nunca muere, lánzase en seguimiento de nuevos ideales? ¿O tal vez que Dios esquivo a la ansiosa humanidad el último y definitivo triunfo de aquí abajo, no sea que si lo alcanza se carcoma en la mollicie del reposo? Mientras un pueblo, enamorado del ideal estético, ponía

la mayor aspiración de esta vida en el cultivo depuradísimo de la persona humana, otros la hacían consistir en la posesión material e intelectual de algún voluminoso cuerpo de doctrinas filosóficas, religiosas y morales. Hombres ha habido cuya concepción suma del vencedor era ser el más hábil gerente de los negocios públicos; para otros lo fue ser el más esforzado guerrero o el más especioso retórico. No han faltado quienes hallen la mayor victoria de la vida en la más exquisita elegancia cortesana, ni tampoco, para hacerles contraste, los que la fincaran en altísimas investigaciones científicas.

En los últimos tiempos, desde que el estudio ha sorprendido tantísimos secretos en el fondo de las cosas que nos rodean, y el ingenio ha descubierto tan gran número de expedientes para obtener el mayor provecho de esos secretos; desde que la ciencia ha puesto en manos del hombre las llaves de la industria, y los inventos han facilitado y acelerado su producción, y la rapidez y comodidad de las comunicaciones han hecho tan lucrativo el intercambio de cosas entre las varias comarcas del globo, parece que el supremo fin y propósito de la existencia haya pasado a ser el atesorar bienes de fortuna. Hasta no hace mucho tales tendencias eran el distintivo de ciertos pueblos solamente; hoy día arrastran con terrible violencia al mundo entero. Tres años dura ya, y muchos más seguirá durando la convalecencia del más tremendo cataclismo que haya jamás padecido nuestra especie, engendrado y vigorizado por el desmedido afán de preponderancia mercantil que domina a todas las naciones, aun a las tenidas ayer por las más civilizadas y cultas.

¡Qué digo: convalecencia! Nueva y quizá peor enfermedad son las formidables conmociones sociales que están a la hora presente desolando a la vieja Eu-

ropa y principian a amenazar a nuestra joven América. El amontonamiento de los grandes caudales, que, dicho sea de paso, no son exclusivos de nuestra época, pues los vieron los persas de Darío y los romanos de la decadencia, divide a la sociedad en dos bandos implacablemente enemigos: los opulentos y los míseros; a quienes separa el hondo abismo que deja la clase media al ser eliminada. Una minoría se apodera de las riquezas que debieran circular entre todos, de acuerdo con la justicia y el derecho, y convierte en sus siervos a la mayoría. Desaparecen los medianos, los que sin angustia ni abyección trabajan hoy para ganar su pan y su abrigo, mañana para mejorarlo, y nunca huelgan porque sucumbirían; los que no conocen el ocio corruptor del millonario ni el ocio corrompido del miserable. Entre tanto el peso de los primeros aplasta inmisericorde a los segundos, y va exprimiendo insospechados zumos, que crecen y crecen, y acaban por corroerlo y disolverlo todo.

Esa «execrable sed del oro» convertida en la primordial aspiración de la existencia, está iniciando ya la conquista de nuestra sociedad. Nuestros antiguos ideales van siendo reemplazados por éste otro, si acaso tal cosa puede llamarse ideal, importado del Norte. Ya hoy, al hablarse de un gran luchador, no se entiende un hombre que en su línea de actividad realizó obras duraderas o de alto significado, sino de alguno que por sus esfuerzos se ha enriquecido. La juventud colombiana del día, mientras se prepara en el colegio y cuando emprende la lucha en forma por el mundo, no lleva ante los ojos otra mira que la de hacer dinero. No simple y sanamente la de procurarse la subsistencia con comodidad, holgura y buen gusto, aspiración que es hija legítima del noble e irresistible impulso del hombre hacia lo bueno y lo bello; sino la de construirse esos

desproporcionados peculios de que os acabo de mostrar cómo a la postre lo que producen es la asfixia y disolución de la sociedad que un instante hacen aparecer tan próspera.

¡Que nuestro ideal rosarista sea otro! Vivamente os excito a ello, generosos jóvenes. No necesito explicaros que mi intento no es condenar la fecunda inclinación que todos vosotros debéis de sentir a mejorar cada día las condiciones materiales de la vida. No, yo os digo más: cread riqueza; no os contentéis con entumecida mediocridad; buscad vida decorosa y bella; sabed apreciar el lujo sano, el que mueve a las sociedades hacia adelante; mas no paréis ahí vuestros anhelos. Pensad que fines más nobles y duraderos os esperan adelante. Que el saber ganar la vida y el saberla ganar con esplendor no sea para vosotros, animosos adolescentes, el último fin y propósito de vuestras actividades, sino al contrario, el primero, el que sirva de quicio, de piedra angular, de fundamento, de paso inicial a logros más elevados. Impregnad vuestros espíritus de esta verdad: que habréis triunfado en la vida, no cuando hayáis amontonado una fortuna, sino cuando ésta haya engendrado el bienestar de la comunidad en que viváis y asegurado el de las generaciones venideras; no cuando vuestro trabajo os permita vivir con más o menos comodidades, sino cuando además os haya proporcionado un nombre ilustre y a la patria la estimación de los extraños; no cuando brilléis por el oro de vuestras arcas, sino por la sabiduría que hayáis aportado a la civilización de vuestros conciudadanos; no cuando podáis recrear vuestros sentidos y vuestra vanidad en los artesonados de vuestros palacios, sino cuando al contemplar vuestra obra tengáis razón para exclamar con el lírico latino:

Exegi monumentum aere perennius.

A varias profesiones, oficios y ocupaciones os entregareis sin duda al salir de estos claustros. Unas serán de naturaleza más científica que otras, o más lucrativa, o más material, o más intelectual, o más especulativa, o más práctica. Todas os darán ocasión a que persigáis este ideal que aquí vengo a proponeros como a colombianos, más aún: como a hispano-americanos. Ahora, ahora es la oportunidad de nuestro Continente. Los pueblos que hasta ayer iban a la cabeza del progreso, han entrado ya en la ancianidad. Ciertos otros surgidos de repente a las mayores alturas no tardarán en caer. Preparémonos nosotros sólidamente, y lo primero sea asignar a la vida de cada uno de nuestros individuos móviles de grandeza auténtica. Vamos a trabajar por nosotros mismos, por nuestra Patria y por esa otra patria más extensa que es nuestra América latina.

Los que entre vosotros sigan la «egregia profesión del foro,» como la designó en frase lapidaria el ilustre Rector de este Colegio, no quieran ser solamente abogados, pero ni siquiera notables abogados; busquen el ser jurisconsultos, cuyas luminosas mentes al ponerse en contacto con la ley escrita, produzcan faros inextinguibles del derecho; cuyas exposiciones en libros, en periódicos, en alegatos, en discursos, den honra y gloria a Colombia por ser manifestación de hondo y atinado pensamiento en cuestiones tan augustas como lo son las jurídicas. Mirad que esa noble ciencia tiene campo tan vasto aún sin explorar; mirad que las relaciones de los hombres entre sí dan cada día nacimiento a problemas cuya solución es hora de que acometan las inteligencias colombianas. Acordáos de que somos españoles por sangre y por tradiciones, de que España fue la prolongación de Roma cuando las glorias del Imperio empezaron a enmohecerse en la península italiana y

de que Roma fue la patria del Derecho. Recoged esa preciosa herencia de las «manos de los injustos poseedores» que hoy la detentan, y dadle, con ilustración y alteza de miras, carta de ciudadanía latino-americana. Títulos para ello nos sobran. ¿No se firmó acaso en esta nuestra América el primer tratado de arbitraje obligatorio entre Colombia y la Argentina? ¿Cuál sino el Amazonas, fue el primer río internacional abierto a libre navegación, sin un solo disparo de fusil?

Futuros médicos y naturalistas: que vuestras relaciones con las ciencias de la profesión que adoptéis no sean las indispensables para el mero consultorio, para atender a la clientela. Haciéndolas muy estrechas podréis por su intermedio haceros grandes y engrandecer a la Patria. Esas ciencias son venerables matronas opulentas; despreciativas con quienes no les rinden el acatamiento que merecen; avaras de sus tesoros inagotables para con los que no saben ganarse su franqueza; adustas cuando se las requiere como simples servidoras; pero en cambio, cariñosas con quienes las aman y reverencian; generosas para aquellos que cultivan con fervor su amistad íntima; afables cuando se las trata como a grandes señoras. Y así cariñosas, generosas y afables, es como han hecho surgir a Lavoissier, a Claudio Bernard, a Lord Lister, a Pasteur, a Ramón y Cajal. ¡A ver si entre vosotros se hallan los que mañana complementen este glorioso catálogo para bien del género humano y grandeza de Colombia y de nuestra raza indo-española!

¿Y qué recomendaré a los que van a abrazar la entusiasta carrera de la ingeniería? En ella sí que encontraréis materia y oportunidades para ascender de la esfera de directores de obras a la de inventores. ¿No os enardece el vincular vuestro nombre a alguna magna empresa que, fomentando poderosamente el progreso

material de nuestra Patria, riegue por toda la redondez del globo la fama del genio colombiano? ¡Oh, sí! pelead por arrebatar al mundo anglo-parlante el cetro de las grandes invenciones del futuro; porque algún día resuenen en nuestro majestuoso castellano las denominaciones de las prodigiosas maquinarias y de los admirables sistemas con que contribuyáis a acrecentar el progreso del linaje humano.

De todos modos, sea cual fuere el ejercicio a que dediquéis vuestras actividades venideras: comercio, industria, banca, proponeos desde ahora no quedaros en el comienzo del camino, imaginando término lo que apenas es primera etapa. Tened siempre ante la vista que en todo campo hay ocasión para ilustraros a vosotros mismos e ilustrar al pueblo de donde procedéis. Trabajad con vuestros esfuerzos íntegros, con los mismos bienes que ganéis, con las propias fuerzas adquiridas, con los conocimientos teóricos y prácticos que alcancéis, con las virtudes y buenas cualidades de que lleguéis a adornaros, con las obras en fin que realicéis, en orden a la consecución de un nombre esclarecido y a la magnificación de la Patria.

En suma, yo os conjuro a que al concepto mercantilista de la vida que nos viene de los Estados Unidos, contrapongáis otro nuevo por todos aspectos, intelectual, patriótico, enteramente nuestro; otro que armonice con el pasado y con el carácter de nuestra raza ibero-indica, artística, soñadora y práctica a la vez, y que al mismo tiempo provea para el futuro, para un futuro amplio, grande, próspero, glorioso, espléndido y sobre todo creador de nuevas civilizaciones. No queráis cooperar a que nuestro pueblo se convierta, para usar la expresión de un pensador francés, en un «mero estómago.» Dadle cerebro, y ánimo ambicioso de gloria. No os

burle el falso brillo de ciertas pujanzas apoyadas únicamente en el dinero. Esa no es grandeza sólida ni legítima. Recordad a Fenicia, a Cartago. ¿Qué queda de las diseminadas colonias que fundó la primera? ¿Dónde está la obra del arrogante Aníbal, que juró odio eterno a los romanos? ¿Y no es por otra parte el alma de Roma y Grecia la que hoy preside el curso de la humanidad?

A tan excelsa comprensión de la vida, más que mis débiles palabras, os prepara y dirige el género de educación que os dispensa el Colegio del Rosario. A vosotros toca simplemente saber aprovechar en toda su intensidad y extensión tan feliz circunstancia. Aquí la disciplina se funda en la propia estimación de cada cual; el reglamento es el decoro personal del estudiante mismo; los estímulos son los triunfos y adelantos que cada alumno alcance; las autoridades subalternas se escogen entre aquéllos de vosotros mismos que llegan a merecer la honra y los puestos. Los premios que vais a recibir no consisten en otra cosa que en la pura apreciación de que sabéis trabajar por la belleza misma de vuestro trabajo, de que sabéis estudiar por la excelencia misma de la ciencia. Pasad a recibirlos con la alegría de haberlos merecido y con la firme aspiración de merecerlos también de la República cuando seais hombres.

J. M. RESTREPO-MILLÁN, M. A.
Colegial de número, catedrático de latín.

Octubre 29: 1921.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico